

Palabras al oído.

QUE SE DEN CUENTA QUE SE LES QUIERE

LA GENIALIDAD DEL SISTEMA PREVENTIVO

No debió ser fácil la educación en tiempos de Don Bosco. No lo fue en los primeros tiempos de Valdocco ni lo fue cuando, consolidada la obra, el perfil de los destinatarios de la casa salesiana se "normalizó". Pero el santo de los jóvenes entendió que la educación era la principal palanca para el cambio posible en una sociedad en evolución. No especuló, no hizo solo asistencia social, sino que impulsó una manera nueva de entender la propuesta educativa auténticamente revolucionaria para su tiempo. ¿Dónde estuvo su genialidad? En sus propias palabras:

"Dos sistemas se han usado en todos los tiempos para educar a la juventud: el preventivo y el represivo. El represivo consiste en dar a conocer las leyes a los súbditos y vigilar después para conocer a los transgresores y aplicarles, cuando sea necesario, el correspondiente castigo.

En este sistema, la palabra y la mirada del superior deben ser en todo momento severas y más bien amenazadoras, y personalmente debe evitar toda familiaridad con los subordinados. El director, para aumentar su autoridad, debe estar raramente con los que de él dependen, y, por lo general, sólo cuando se trate de imponer castigos o de amenazar. Este sistema es fácil, poco trabajoso y sirve principalmente para el ejército, y, en general, para los adultos juiciosos, en condición de saber y recordar las leyes y otras prescripciones.

Diverso, y diría que opuesto, es el sistema preventivo. Consiste en dar a conocer las prescripciones y reglamentos de un instituto, y vigilar después de manera que los alumnos tengan siempre sobre sí el ojo solícito del director o de los asistentes, los cuales, como padres amorosos, hablan, sirven de guía en toda circunstancia, dan consejos y corrigen con amabilidad; que es como decir poner a los alumnos en la imposibilidad de faltar. Este sistema descansa por entero en la razón, en la religión y en el amor; excluye, por consiguiente, todo castigo violento y procura alejar aun los suaves". (Don Bosco. El Sistema Preventivo. 1877).

En el centro de la acción educativa está el muchacho. No hay esquemas preconcebidos ni iguales para todos. Unas cuantas intuiciones educativas y la convicción de que en cada joven se dan posibilidades que hay que despertar: hay siempre un punto de acceso al bien. El arte del educador está en saber encontrar el acceso, en coger el paso desde el punto y la situación en la que el chico se encuentra: para Miguel Magone, Francesco Besucco y Domingo Savio la propuesta fue diferente. Hoy lo llamaríamos "adaptación curricular". No hay nada más anti-educativo que el discriminatorio "café para todos".

Don Bosco piensa en una propuesta basada en la "relación" educativa. Una relación "dialógica" que se basa en el afecto. Una relación educativa que mantiene los "roles". No es una relación de colegas, sino una relación asimétrica: de adulto y de joven. Pero una relación que coge el paso, flexible, adaptada, cercana, afectuosa... que siempre se hace referente en el camino y señala más lejos.

Don Bosco está convencido de que la familiaridad engendra el afecto, y el afecto, la confianza... (Carta de Roma de 1884). El punto de partida de su acción educativa es la "familiaridad", el ambiente positivo, la cercanía, el dar el primer paso, el allanar el camino... "No basta amar", repetirá, es necesario que se den cuenta de que se les quiere... Cuando alguien se siente querido, se desbloquea, está dispuesto a la apertura... se puede intervenir educativamente. Todos los trabajos actuales sobre la "resiliencia" confirman que la capacidad de cambio de un joven con dificultades está ligada al encuentro con un adulto que ha sabido ofrecerle una mirada de confianza sin tener en cuenta su pasado.

¿Cómo instaurar esta confianza? Don Bosco, lejos de acudir a técnicas educativas, solo responderá: "por el cariño". Don Bosco rehabilita "lo afectivo" en la relación educativa: sin el afecto no hay confianza, sin confianza no hay educación. Todo un reto. Un proyecto apasionante.

Palabras al oído.

QUE SE DEN CUENTA QUE SE LES QUIERE

EDUCAR ES COSA DEL CORAZON

¡Cuántas veces repetiría Don Bosco que la educación es "cosa del corazón"! Sabía, por experiencia, que los jóvenes eran siempre reacios a las malas formas, a la aspereza, a la imposición. Por el contrario, estaba convencido de que la bondad y la acogida, la razón y el corazón eran la llave que abría senderos de crecimiento para cada chaval.

Su corazón era un corazón de padre. Alberto Caviglia, uno de sus muchachos del Oratorio, escribiría años más tarde que el corazón de Don Bosco vibraba con "bondad paterna y ternura materna" hacia sus jóvenes especialmente los que más dificultades tenían.

"Padre y Maestro de los jóvenes" lo llama la liturgia. A Don Bosco le gustaba que le llamasen "padre" porque así se sentía y eso era justamente Valdocco: una familia de los que "no tenían familia" en torno a quien los quería con toda el alma. Decía:

- "Me dan tanta pena estos pobres muchachos que, si fuese posible, les daría mi corazón en pedazos".

Y en otra ocasión, al recibir una carta de los chavales de la casa de Lanzo firmada con doscientos nombres, les respondió:

- "Vuestra carta, firmada por doscientas manos amigas, tan queridas, me ha robado completamente el corazón, al que sólo le queda un vivo deseo de amaros en el Señor, de haceros el bien y de salvar las almas de todos.

Palabras llenas de afecto que nos hablan de ternura y de bondad para con aquellos jóvenes carentes de todo que se sentían, sin embargo, realmente queridos. Mostrándoles los dedos de la mano les decía:

- ¿A cuál de mis dedos creéis que quiero más? ¿Me dejaría cortar un dedo prefiriéndolo a los demás?
- ¡No!, respondían los chiquillos. Quiere a todos sus dedos.
- Bravo, tenéis razón. Del mismo modo quiero a todos mis jóvenes.

¡Cuántas intuiciones educativas! Hemos aprendido de nuestro padre que no basta amar, es necesario que se den cuenta de que los amamos. Hemos comprendido, conociendo a Don Bosco, que la familiaridad engendra afecto y el afecto confianza. Admiramos en el santo de los jóvenes su ternura y afecto sincero con sus chavales.

Así es. Su memoria y su herencia siguen vivas entre nosotros. Por eso miramos a Don Bosco y volvemos a él una y otra vez. Volvemos a Valdocco, al Oratorio de San Francisco de Sales, a nuestro Belén particular para encontrar siempre la frescura de un proyecto que nace de la nada y que con la brisa del Espíritu se convierte en una casa que acoge a todos, especialmente a los más abandonados; en una parroquia que anuncia el Evangelio del Reino a los que no tienen parroquia; en una escuela que prepara para la vida y para ser buenos ciudadanos; en un patio, en fin, donde vivir en alegría. Es el criterio oratoriano al que volvemos convencidos, sin descanso.

Los tiempos han cambiado, pero en nuestra casa, como en un nuevo Valdocco, Don Bosco quiere pasear y reír, jugar y conversar para que la palabra y el afecto del padre llegue a los corazones de los chavales que se nos confían. Nosotros, Salesianos, profesores, animadores y educadores, hoy lo estamos haciendo realidad.

Palabras al oído.

QUE SE DEN CUENTA QUE SE LES QUIERE

DON BOSCO EN ESTADO PURO

En la primavera de 1884, entre los meses de abril y mayo, Don Bosco se encontraba en Roma tratando de afrontar los problemas económicos que le estaba originando la construcción de la Basílica del Sagrado Corazón. Además de su preocupación por la situación financiera de la enorme empresa acometida, todavía tenía que vérselas con los últimos flecos de la situación jurídica y canónica de la Sociedad de San Francisco de Sales.

La situación no era de poco, pero probablemente le ocupaba más la mente la creciente preocupación de esos años por tratar de asegurar el espíritu que había visto nacer la Congregación y que corría el riesgo de debilitarse o deformarse. Don Bosco era consciente de los cambios que se iban produciendo con el desarrollo de las casas y el crecimiento de la Congregación. Parece que, con mucha lucidez, el Santo veía con tristeza que algunas de sus grandes intuiciones educativas podrían verse progresivamente re-interpretadas y alejadas de la sensibilidad inicial.

Seguro que contribuía a acrecentar en él la preocupación su propio estado de salud. Don Bosco se sentía gastado y cansado. Lo repetirá él mismo en muchas de sus cartas de estos meses y pedirá insistentemente oraciones a sus amigos y benefactores para poder seguir adelante con la ayuda del Señor.

Después de su viaje triunfal por Francia en 1883, Don Bosco se había sentido más débil y enfermo. Las dificultades del viaje a Roma no habían contribuido, precisamente, a mejorar las cosas.

Pero, al mismo tiempo que las preocupaciones le martilleaban la cabeza y la salud se hacía cada vez más precaria, afloraba en Don Bosco una emotividad con trazos nostálgicos y en forma de proféticas visiones de futuro. Se multiplican los sueños y el deseo de comunicar a todos lo que su corazón sentía y deseaba para sus jóvenes y sus salesianos en el futuro.

Don Francesia, que lo acompañaba en Roma, escribe: "Nuestro amado padre no sabe tener un discurso sin que recuerde los tiempos heroicos del Oratorio".

Y así es. Son recurrentes en estos meses en Don Bosco, junto al tema de la "salvación" de los jóvenes, la urgente llamada a no olvidar el "método educativo", el "sistema preventivo". El amor, la confianza, la amistad, la familiaridad, la bondad en el trato con los jóvenes son un reclamo continuo.

El 25 de abril de 1884, un periódico, Le Journal de Rome, publicaba una entrevista a Don Bosco sobre el "sistema preventivo". En él leemos las palabras de Don Bosco en 1884:

"Es muy fácil. Yo dejo a los niños la facultad de hacer lo que a ellos les gusta más. El talento consiste en descubrir en los muchachos las semillas de sus buenas disposiciones y aplicarse a desarrollarlas. Como a cada uno le gusta hacer lo que sabe que puede hacer, yo aplico rigurosamente este principio y mis alumnos trabajan todos, no solamente con dinamismo, sino también con amor".

Don Bosco, viejo y achacoso, mantiene vivo el corazón de educador que no sólo quiere a los jóvenes sino que se hace querer porque los jóvenes saben que los quiere. Es el Don Bosco de la Carta de Roma que, preocupado por el devenir de su obra, vuelve a hacer aflorar lo que ha traspirado por la piel toda la vida, el afecto que se hace familiaridad y que genera la confianza para ganar el corazón. Hoy miran nuestros ojos aquellos días de Roma del ya lejano 1884 para encontrar al Don Bosco más maduro, con toda la experiencia de una vida. Debilitado y enfermo, pero Don Bosco en estado puro.



Palabras al oído.

QUE SE DEN CUENTA QUE SE LES QUIERE

HAZTE QUERER

En octubre de 1863 sucedió un episodio decisivo en la vida del que, años más tarde, sería el primer sucesor de Don Bosco. Miguel Rua llegó a Mirabello el día 12, acompañado de su madre Juana María (la nueva mamá Margarita en la nueva fundación), a tomar posesión de su nuevo cargo como director de la casa. Mirabello era la primera presencia salesiana fuera de Turín. El nuevo director llevaba en la escuálida maleta una gran tarea: ser Don Bosco en el primer oratorio trasplantado fuera de la cuna de la Congregación. No es difícil imaginar los sentimientos que embargaban al joven sacerdote y la responsabilidad que sentía en su corazón ante esta nueva etapa de la naciente Sociedad Salesiana.

Pero con la sencillez de los que tienen su mirada puesta en Dios, Miguel acometió la empresa con confianza. Sabía que las cosas no iban a ser fáciles. La comunidad que Don Bosco enviaba para hacerse cargo de la misión era muy joven y más bien inexperta. Miguel, el director, era el único sacerdote. Completaban el grupo cinco clérigos y cuatro jóvenes que aún no eran salesianos. Tiempos de creatividad y magnanimidad, tiempos de audacia y confianza inusitada en Dios. Tiempos, dirían algunos, de temeridad. Pero tiempos, para Don Bosco y Don Rua, de impulso y novedad que abrían inmensas posibilidades a la reciente fundación.

Y así, después de muchas negociaciones con el ayuntamiento de la ciudad, con el beneplácito del obispo y con el apoyo de una familia benefactora de Don Bosco, se plantaba la semilla salesiana fuera de Turín en el recién estrenado otoño de 1863. El colegio no tardó en llenarse de chiquillos y enseguida tomó vida el nuevo proyecto a imagen y semejanza de Valdocco.

Don Bosco le envió a Miguel una larga carta de obediencia dándole algunos consejos de padre que, a buen seguro, Don Rua guardaría siempre en el corazón. De entre ellos, Don Bosco destacó uno: "Hazte querer antes que hacerte temer". El padre conocía bien el carácter del hijo. Lo conocía desde pequeño y creció junto a él. De inteligencia poco común y con enormes capacidades, sin embargo su aparente severidad no pasaba desapercibida a Don Bosco. Pero sabía bien que Rua tenía madera de santo y que sería capaz de vencer su carácter transformándolo en amabilidad y simpatía. No se equivocó. Miguel fue el rostro de Don Bosco en Mirabello. Muy pronto se ganó el corazón de todos y cumplió a la perfección el mandato de su maestro: se hizo querer tanto que cuando Don Bosco - dos años más tarde - lo llamó de nuevo a Turín, nadie quería que se fuera.

El joven Rua cumplió extraordinariamente bien su cometido en Mirabello. Había tenido buena escuela. Crecido a la sombra de Don Bosco, aprendió de él a hacerse querer, a mostrar afecto desde la entrega y la generosidad hacia todos, a tener siempre a punto la palabra amable y el gesto oportuno que ganaba la simpatía de cuantos trataban con él. Podía estar tranquilo Don Bosco: aquel pequeño a quien, bromeando, partía a la mitad la mano hacía ya muchos años había comenzado a compartir en serio las responsabilidades de la nueva Congregación llamada a extenderse muy pronto en los cinco continentes. Mirabello fue el primer banco de pruebas. Miguel Rua el primero que hizo de Don Bosco fuera de Valdocco. Todo un logro. Fue el primer paso de un largo camino en el que el joven Rua alargó hasta los confines del mundo cuando el manantial se convirtió en un ancho río.



Palabras al oído.

QUE SE DEN CUENTA QUE SE LES QUIERE

APUNTANDO A LO IMPORTANTE

Sabemos bien que en el epistolario de Don Bosco encontramos numerosas cartas dirigidas a jóvenes con los que mantuvo contactos puntuales o relaciones más dilatadas en el tiempo. En ellas, Don Bosco se muestra como un buen acompañante espiritual. Toca el corazón de las personas, abre caminos en el proyecto vital de los jóvenes y orienta espiritualmente. Leemos en una de esas cartas dirigida al joven Severino Rostagno en septiembre de 1860:

"Ánimo, pues, hijo mío; sé firme en la fe, crece cada día en el santo temor de Dios; guárdate de los malos compañeros como de las serpientes venenosas, frecuenta los sacramentos de la Confesión y la Comunión; sé devoto de María Santísima y ciertamente serás feliz".

Severino tenía 15 años y era huérfano de padre. Ese mismo año de 1860, en noviembre, entró en el Oratorio de Valdocco como estudiante, si bien estuvo en la casa sólo un año.

En la carta de septiembre, Don Bosco apunta a lo importante. Es esencial en su mensaje y no divaga. Se habían encontrado, tal como indica precedentemente en la carta, algún tiempo antes en un momento donde intercambiaron pocas palabras. La sencilla conversación debió quedar impresa fuertemente en el corazón del joven Severino porque así lo refirió a Don Bosco en la carta a la cual éste responde y de la que forma parte el párrafo referido. De pocas palabras es también la misiva que Don Bosco le envía, pero éstas tendrán el efecto de provocar la decisión del chico a venir a Valdocco seguramente cautivado por la fuerte personalidad humana y espiritual de aquel sacerdote que le escribe dándole ánimos y alentándole en la fe.

Pero no son sólo palabras genéricas dirigidas formalmente para salir del paso. Don Bosco personaliza el mensaje. Continúa la carta:

"Cuando te vi me pareció entrever algún designio de la Divina Providencia sobre ti; no te digo nada todavía. Si vienes otra vez a verme hablaré más claramente y conocerás la razón de ciertas palabras dichas entonces".

Después de haberle dado algunas recomendaciones espirituales Don Bosco da un paso más. Hace referencia a su proyecto vital. Le hace preguntarse, cuestionarse, pensar. Parece decirle... ¿Has pensado en tu vida? ¿Has pensado en el proyecto que Dios tiene para ti? Como buen pedagogo, deja un espacio de libertad. Piénsatelo. Y cuando vuelvas a verme, hablamos. Te diré lo que pienso y veremos posibilidades futuras. Don Bosco personaliza, acompaña, ayuda a discernir. No se limita a la cáscara y apunta al interior, al propio camino, al futuro.

Cercano y discreto, Don Bosco abre puertas y es audazmente propositivo. Como con Severino, tratará con miles de jóvenes a lo largo de su vida. Sabrá ganar terreno en la relación personal y abrir espacios de confianza mutua. Desde aquí, desde la realidad personal de cada joven, podrá orientar, ayudar a discernir, acompañar. Es esta capacidad de auscultar el corazón y de generar confianza la que hará que muchos descubran en él un acompañante espiritual que, como un buen maestro, sabe conducir hacia aguas más profundas y abre cauces para crecer y madurar. El Don Bosco de los grandes proyectos y la infatigable actividad es el mismo que se toma su tiempo para iluminar y alentar, para orientar y proponer, esperando pacientemente que el Espíritu haga madurar la semilla plantada en la buena tierra de sus jóvenes sabiamente cultivada.

